

## **Domingo 2º. Tiempo Ordinario Año C**

### **Lectio divina sobre Jn 2,1-11**

---

La primera manifestación pública de Jesús en el cuarto evangelio tuvo un comienzo singular: en el marco de una boda, a propósito de la improvisación de unos jóvenes esposos, gracias a la observación femenina y a la obediencia materna de María, Jesús pudo *adelantar su hora*; su milagro salvó la fiesta en la boda (y del ridículo a unos novios), pero sobre todo convirtió a unos curiosos que seguía a Jesús en discípulos creyentes. Donde esté María la fiesta está asegurada frente a la impericia o escasez y el interés por Jesús puede fácilmente convertirse en opción de por vida: la comunidad de discípulos nació donde una mujer advirtió una carencia material que imposibilitaba la alegría y donde la madre, a pesar del primer rechazo de su hijo, enseñó a los siervos la obediencia. ¿Qué no nos estaremos perdiendo habiendo perdido de vista en nuestra vida a la madre de Jesús? ¿O no es verdad que vivir con gozo y con fe se nos está haciendo menos fácil?

---

**En aquel tiempo, <sup>1</sup>había una boda en Caná de Galilea y la madre de Jesús estaba allí; <sup>2</sup>Jesús y sus discípulos estaban también invitados a la boda.**

**<sup>3</sup>Faltó el vino, y la madre de Jesús le dijo**

***“No les queda vino?”***

**<sup>4</sup>Jesús le contestó:**

***“Mujer, déjame, todavía no ha llegado mi hora”.***

**<sup>5</sup>Su madre dijo a los sirvientes:**

***“Haced lo que él os diga”***

**<sup>6</sup>Había allí colocadas seis tinajas de piedra, para las purificaciones de los judíos, de unos cien litros cada una. <sup>7</sup>Jesús les dijo:**

***“Llenad las tinajas de agua”***

**<sup>8</sup>Y las llenaron hasta arriba. Entonces les mandó:**

***“Sacad ahora, y llevádselo al mayordomo”***

**Ellos se lo llevaron.**

**<sup>9</sup>El mayordomo probó el agua convertida en vino sin saber de dónde venía (los sirvientes sí lo sabían, pues habían sacado el agua), y entonces llamó al novio <sup>10</sup>y le dijo:**

***“Todo el mundo pone primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el peor; tú, en cambio, has guardado el vino bueno hasta ahora”.***

**<sup>11</sup>Así, en Caná de Galilea Jesús comenzó sus signos, manifestó su gloria y creció la fe de sus discípulos en él. <sup>12</sup>Después de esto bajó a Cafarnaún con su madre y sus hermanos y sus discípulos, pero no se quedaron allí muchos días.**

---

#### **I. Lectura: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice.**

El relato de la boda en Caná de Galilea (Jn 2,1-11) es un bloque narrativo bien enmarcado. Entre la introducción que sitúa la acción y presenta los personajes (Jn 2,1-3a) y la conclusión que aporta su sentido teológico (Jn 2,11), la escena se presenta dividida en tres secciones o, mejor, diálogos: el diálogo de María con Jesús (Jn 2,3b-5), el diálogo de Jesús con los siervos (Jn 2,7-8), el diálogo del encargado de la fiesta con el novio (Jn 2,9-10). Es, pues, a través de la palabra narrada que el relato progresa, hasta que lo interrumpe el narrador con un comentario (Jn 2,11) antes de que una anotación de viaje (Jn 2,12) cierre el episodio la narración. Jn 2,11 desvela la comprensión que del hecho tiene su redactor: los discípulos supieron captar en este primer signo de Jesús (más exactamente, el *principio de los signos*: cf. Jn 4,46-54; 5,1-9; 6,1-15.16-21; 9,1-12; 11,1-44) la manifestación externa de Dios, su gloria, esa presencia eficaz en sus intervenciones históricas que sólo es aferrable en la fe (cf. 2,23-25; 4,48; 20,29).

Todo el relato está transido de una fina ironía, típicamente joánica: no deja bien parados a los anfitriones decir que en una fiesta nupcial faltó el vino (Jn 2,3) o dar a entender que se soliera guardar para el final de la fiesta el peor de ellos (Jn 2,10).

Para unos discípulos del Bautista, un asceta que ni comía ni bebía (cfr. Mt 11,18), la iniciativa de Jesús de llevarlos a una fiesta de bodas, cuyos festejos podrían durar de tres a siete días, tuvo que resultar desconcertante. Como sorprendente fue que el primer signo realizado por Jesús fuera cambiar agua normal en vino mejor. El milagro ni fue pedido, ni requirió fe previa; era puro don. Y como todo don mesiánico, fue sobreabundante: los invitados pudieron gozar de unos 600 litros de un vino excelente. Esta cantidad impresionante y la alegría que asegura dirigen la atención hacia Jesús que, por proporcionar el vino, ha ocupado el papel del esposo (cf. Mt 15,1-13).

No es irrelevante que la madre de Jesús le haya antecedido en la fiesta (Jn 2,1) y fuera ella quien advirtiera la falta de vino. María no pide nada a Jesús, le advierte de una necesidad. La respuesta de Jesús, dura e insólita, es central para entender el sentido último del episodio: tanto el apelativo *mujer*, correcto en sí, pero inusual para la propia madre (Jn 19,26), como el giro *¿qué [nos va] a ti y a mí?* (cfr. Jue 11,12; 2 Sam 16,10; 1 Re 17,18), si no señalan neta ruptura, sí, por lo menos, delatan una profunda divergencia de proyectos (cfr. Mc 1,24; 5,7). Jesús se separa de los vínculos

terrenos que le pueden impedir su obediencia al Padre: la familiaridad que Jesús prefiere es la que nace de la obediencia a Dios (cf. Mc 3,31-35; Lc 2,48-49).

Con su ruego María se quedaba al nivel de la fiesta, quería salvar sólo una familia; en su respuesta Jesús coloca la petición de su madre dentro del plan de Dios: le invita a entrar en su designio, sin adelantar aún cuál será éste en concreto. Por eso la reacción de María es de fe: pasa de confiar en Jesús a hacer que se le obedezca. E invita a los criados a que hagan lo que les diga (Jn 2,5) la confianza de María en Jesús, aunque extemporánea, y la disponibilidad de los criados, lógica, hacen que Jesús acepte anticipar la alegría mesiánica, prefigurándola con su gesto.

El milagro está, propiamente, más aludido que narrado. Lo que le interesa al cronista es resaltar que bastó una palabra de Jesús, obedecida. Y en ese signo los discípulos vieron su gloria (Jn 2,11); suscitar fe es el fin de los signos (20,31).

De Caná desciende Jesús a Cafarnaún (Jn 2,12), rodeado de su familia y sus discípulos ya creyentes: la fe es el origen de la nueva familia. Jesús ha dejado ver su gloria por vez primera en la intimidad de una fiesta de familia, entre amigos y familiares, en una oscura aldea galilea, entre personas modestas, con sirvientes que obedecen sin conocer a Jesús y una madre que descubre la falta de vino... y la necesidad a Jesús.

## II. Meditación: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

Tras ser identificado por Juan Bautista y habiendo dejado que unos curiosos le siguieran, Jesús se lanza a predicar el reino de Dios. Y lo primero que hace es ir a acompañar a unos jóvenes en la celebración de su matrimonio. Como nos ha recordado el evangelio, Jesús inició su misión siendo, en compañía de su madre y de los primeros discípulos, huésped de unos recién casados: participar en una boda, ¿no es un modo algo 'extraño' de inaugurar el reino? A nosotros hoy este episodio, de sobra conocido, no nos produce sorpresa. Pero sí que tuvo que llamar la atención de los contemporáneos de Jesús; y mucho. Lo usual entonces era que quien predicaba conversión a Dios practicase penitencia y ayuno, como hacía el Bautista. Incluso los primeros discípulos, que seguían a Jesús desde hacía poco tiempo, tuvieron que sorprenderse de que su maestro, en vez de llevarles al templo o al desierto, lugares privilegiados por la presencia de Dios, les acompañara a un banquete de bodas para darles su 'primera' lección.

Y es que, como enseñará más tarde Jesús, no es posible ayunar, cuando el banquete está preparado (Mt 11,18-19); estando presente el novio, sus amigos se deben a la alegría (Mc 2,18-20). Pues bien, antes de decírselo, Jesús lo practicó conduciendo a sus seguidores a compartir gozo e ilusiones con un matrimonio novel. No puede ser casual este comportamiento de Jesús. Pues quiso demostrar, aun a costa de ser malinterpretado, que vivir junto a él no da motivo para no gozar de la vida, para no compartir el gozo de los amigos. Y fue por ello que los primeros seguidores de Jesús se convirtieron en creyentes en el seno de una fiesta familiar, durante un banquete nupcial: la situación primera del discípulo es la del gozo compartido con los demás y fundado en la presencia del Señor. ¿No estaremos lejos nosotros, discípulos de Jesús, de estos orígenes nuestros!

Los primeros discípulos gozaron de la presencia de Jesús, con la alegría de una familia que inauguraba ilusiones y vida en común, aún antes de convertirse en creyentes: antes de llegar a la fe, compartieron la alegría con Jesús, una alegría profundamente humana, la alegría de unos recién casados. Ser sensibles ante el amor humano de los otros, participar en el gozo de los demás, compartir sus ilusiones, aunque sea sufriendo su imprevisión y las carencias, es un camino para creer en Jesús: el discípulo no debe volverse ajeno a la vida de los demás ni a sus alegrías, pero tendrá que compartirlas con Jesús. ¡Quién sabe si no somos buenos creyentes sólo porque no logramos descubrir en la vida normal, la nuestra y la de nuestro prójimo, razones para la alegría, sin acumular excusas para no compartirla con Jesús!. Y es que no deberíamos olvidar que fue en una boda, donde los discípulos se hicieron creyentes: quien no aceptó la invitación de Jesús y no le acompañó en el banquete, no presencié el milagro de su maestro ni lo convirtió en Señor de su vida.

Aunque parezca extraño, no somos mejores discípulos de Jesús, no logramos fiarnos totalmente de él, porque no tenemos capacidad para la fiesta, porque no sabemos vivir compartiendo la alegría con los demás. Quien posee esta capacidad, presencia el 'milagro'. Sólo quien fue con Jesús a una boda, que no era la suya, probó del agua convertida en vino y comprobó la alegría de estar con Jesús. Quien se deja invitar por Jesús a participar junto a él en los acontecimientos felices de la vida, presenciara el milagro que le convertirá a su maestro en su Señor.

Ahora bien, de no haber sido por María, que descubrió la falta de vino en aquella casa y que enseguida se lo indicó a Jesús, el milagro no se hubiera realizado y la alegría de la fiesta habría durado bien poco. María advirtió el peligro de que la fiesta se agudara y salvó del ridículo a los jóvenes esposos; y a pesar de la primera respuesta negativa de Jesús, busca entre los asistentes a la fiesta a quien quiera obedecer a su hijo sin preguntar. María no se amilana por la mala contestación de Jesús; sabe que haciendo lo que él diga, logrará hacerle intervenir, el vino abundará y la fiesta se salvará. Esta es la segunda lección que deben aprender los discípulos en Caná de Galilea: no basta la compañía de Jesús para que la alegría de la vida esté asegurada; hace falta, además, hacer lo que él diga, sea lo que sea, aunque antes, inmediatamente antes, haya dicho que no va a hacer nada. María no puede solucionar por sí misma la escasez de vino ni puede asegurar a la fiesta; pero sabe que su hijo puede, si quisiera... Y se confía a él. Y mueve a los demás para que se fíen de su hijo y le obedezcan: el milagro no se hizo esperar, aun a costa de tener Jesús que adelantar, un poco a regañadientes, el momento de su manifestación.

Y el discípulo, que presencia no ya el signo realizado sino, sobre todo, la terca confianza de la madre y la obediencia silenciosa de los sirvientes, se convierte en creyente feliz sin mucho esfuerzo. Quien vive la alegría de ser discípulo junto a María puede estar seguro de que lo que falte en su vida, la escasez con que viva su fe, su imposibilidad de asegurarse el gozo y la ilusión en su interior y en su casa, pueden ser vencidas. Nada nos puede robar la alegría de vivir, ni siquiera nuestra propia incapacidad para procurárnosla y para mantenérnosla intacta, si nos mantenemos junto a María mientras acompañamos a Jesús por la vida. María nos hace falta, precisamente porque nos faltan tantas cosas necesarias; tenemos necesidad de ella para hacernos creyentes sin tener que perder la alegría de vivir; no podemos prescindir de María, a no ser que queramos que se nos haga imposible la fe y la fiesta.

Para convertirnos en discípulos de Jesús habrá, pues, que recuperar una devoción a la madre de Dios que nos la haga no ya omnipotente sino atenta a nuestros defectos, no milagrera portentosa sino intercesora confiada en la benevolencia de su Hijo. Una devoción así, que nos haga obedientes como siervos, nos hará presenciar milagros en la vida real y ordinaria, como los presenciaron los primeros discípulos. ¿Por qué íbamos a ser nosotros menos que ellos?. No hicieron ello nada especial, sólo tuvieron la dicha de acompañar a Jesús con su madre en una fiesta.

Con María el seguimiento de Jesús se convierte en experiencia de fe y en gozo de vivir junto a los demás. Vivir con María mientras vamos acompañando a Jesús nos facilita la fe y nos asegura una vida de fe alegre, descuidada a veces, pero siempre feliz. Quien sabe que María se ocupa de él, también de sus defectos, no tiene razón para vivir preocupado. Jesús volverá a sorprendernos, como en Caná de Galilea sorprendió a sus discípulos primeros, si vivimos junto a María las alegrías y la escasez de nuestra vida diaria. No es mucho, pues, lo que se nos pide para hacernos creyentes. Ni tendremos que renunciar a nuestra alegría de vivir, ni tendremos que vivir sin faltas. Esa es la ventaja de tener a María al lado mientras seguimos a su Hijo más de cerca. No se entiende bien, pues, por qué la descuidamos tanto, si es ella quien se cuida de nosotros, de nuestros defectos y de nuestra fe.